

Agatha Mystery

Primera edición: septiembre de 2013

Título original italiano: *Indagine a Granada*

Textos: Sir Steve Stevenson

Editing: Mario Pasqualotto

Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi

Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: David Sánchez Vaqué

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Proyecto editorial de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., via Leopardi, 8 - 20123 Milán, Italia

© 2012 Istituto Geografico De Agostini, S.p.S., Novara, por la edición italiana

© 2013 Andrés Prieto Fernández, por la traducción

© 2013 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123 Milán, Italia. foreignrights@atlantyca.it, www.atlantyca.com

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

www.editorial-lagalera.com

lagalera@grec.com

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Pol. Ind. Can Salvatella.
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-17.772-2013

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-4559-5

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Sir Steve Stevenson

INVESTIGACIÓN EN GRANADA

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Andrés Prieto



laGalera50

DECIMOSEGUNDA MISIÓN

PARTICIPANTES



Agatha

Doce años, aspirante a escritora de novela negra, tiene una memoria formidable.



Larry

Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.



Mister Kent

Exboxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.



Watson

Pestilente gato siberiano con el olfato de un perro conejero.



Tío Manuel

El doble de Larry en versión adulta. Es un excelente bailar de flamenco.

DESTINO: GRANADA – ESPAÑA



OBJETIVO

Volar a Granada para custodiar la rosa del sultán, una flor muy rara expuesta en los jardines de la Alhambra.



Era 21 de marzo: el primer día de primavera. Aquella tarde, el cielo de Londres estaba limpio, de un azul resplandeciente. Durante la mañana, las nubes se habían disipado y el sol de la tarde brillaba junto a la silueta del Big Ben. Sus rayos cálidos se alargaban sobre el tejado de la abadía de Westminster y llegaban al bosque de antenas que coronaba el Baker Palace, un moderno rascacielos de la City.

En lo alto del edificio, al otro lado del cristal opaco, el ático parecía la guarida de un espía por la que acabara de pasar un tornado. El suelo estaba lleno de cables eléctricos, cajas abiertas

PRÓLOGO

de aparatos electrónicos de última generación y montones de cajas de comida china, vacías y grasientas. Sobre la mesa, además de revistas y cómics, había siete pantallas encendidas.

En cada una de ellas se veía una película. Todas diferentes. Y todas con el volumen silenciado. Los personajes movían los labios sin emitir ningún sonido.

Larry Mystery, de catorce años, el único inquilino del ático, estaba sentado ante los ordenadores y miraba las pantallas muy nervioso.

De vez en cuando murmuraba algo y tomaba notas.





Su mirada se detuvo en una película antigua en blanco y negro de los años cincuenta.

—He comido... un elefante... verde —susurró, mirando fijamente a los personajes mudos.

Larry era delgado como un fideo y tenía el pelo negro y alborotado. Aquel día se le veían unas ojeras más profundas que de costumbre: no había pegado ojo en toda la noche. Como era un noctámbulo incurable, se iba a dormir muy tarde navegando por internet. Pero aquella vez se había quedado despierto hasta el amanecer por un motivo bastante más urgente que sus vídeos musicales o las críticas sobre el último modelo de teléfono móvil: tenía que resolver un problema.

Rascándose la cabeza, posó sus enrojecidos ojos sobre otro de los vídeos. Una actriz rubia movía los labios.

Él entrecerró los ojos y repitió lentamente:

—Pollitos... muchos... mandos a distancia...
¡Ah, qué difícil es!





Entonces alzó la vista al techo y lanzó un profundo gemido.

— ¡Maldito examen! — se dijo—. ¡No lo aprobaré en la vida!

Oficialmente, el chico estudiaba para sacarse un diploma de marketing. Entre los miembros de su numerosa y estrafalaria familia (entre los cuales también se encontraba su genial primita Agatha) muy pocos sabían la verdad: Larry era alumno de la prestigiosa escuela para detectives Eye International.

Aquella tarde le esperaba un examen bastante difícil. Por eso había pasado la noche en blanco: después de haber estado una semana desafiando a gente de su edad de todo el mundo en un torneo de videojuegos en línea, había decidido aprovechar las últimas horas que le quedaban para dar un repaso a la desesperada.

Justo en ese momento, los ojos del chico se posaron en el reloj de pared.



Marcaba las dos de la tarde.

— ¡No me lo puedo creer! — gritó, levantándose de golpe. Se dio con la rodilla contra la mesa y un montón de CD apilados en precario equilibrio cayeron al suelo—. ¡Se me ha pasado la mañana volando! — exclamó—. Ya es oficial: no tengo ninguna esperanza... ¡Estoy perdido!

En menos de una hora, Larry se enfrentaría por videoconferencia a una prueba de lectura de labios: una técnica que, según su profesora, todo detective digno de tal nombre debía dominar a la perfección.

El chico había pasado muchas horas practicando: había visto casi veinte películas sin sonido y había tratado de adivinar qué decían los actores observando solo los movimientos de sus labios. Pero desgraciadamente aún no había conseguido entender ni una sola frase.

Sus apuntes eran un batiburrillo de palabras sin sentido, y estaba seguro de que durante el



examen no lo haría mejor. No cabía duda de que volvería a suspender. A menos que...

— ¡Claro! — exclamó, chasqueando los dedos —. ¡Necesito una excusa para no hacer la prueba! Es la única posibilidad que me queda. ¡Diré que estoy enfermo! ¡Moribundo! La gripe... No, mejor aún: ¡una pulmonía de narices! Jo, ¿dónde he metido la bolsa de hielo?

— ¿Para qué necesita una bolsa de hielo, agente LM14?

La voz provenía de uno de los ordenadores. Larry sintió un escalofrío y se volvió lentamente.

En la pantalla había aparecido el rostro de KB32, la profesora de la asignatura de Lectura de labios. Como la gran mayoría de los profesores, la mujer daba las clases y examinaba a los alumnos exclusivamente por videoconferencia.

— B-buenos días — dijo Larry con un hilo de voz.

— Al ver que ya estaba conectado, agente, he pensado en llamarle ahora mismo. ¿Ya ha comido?



¿Ha descansado lo suficiente? ¿Podemos empezar?

—Pues, la verdad, como la prueba tenía que empezar dentro de una hora... — balbuceó él, tratando de ganar tiempo.

La mujer alzó una ceja.

—Dentro de una hora o ahora mismo, ¿qué más da? — contestó secamente—. ¿O he de deducir que es uno de esos estudiantes vagos que pierden el tiempo con chorradas y después necesitan hasta el último minuto disponible para repasar?

—N-no, claro que no — tartamudeó Larry, intentando sonreír inocentemente.



—Muy bien. Empecemos.

El chico se sentó ante la pantalla con un suspiro.

KB32 desactivó el audio de su ordenador. Larry sabía cómo iba aquella prueba porque era la tercera vez que intentaba pasarla sin éxito. La profesora pronunciaría diez frases de dificultad creciente. Él debía interpretarlas solo con el movimiento de sus labios.

Se concentró en la boca de la mujer e intentó repetir su mensaje.

—¿Ha dicho... ejem, «agua a la enfermera»?

En el rostro de KB32 se dibujó una expresión de decepción.

—He dicho: «ayuda, estoy prisionera». Empezamos mal, agente LM14. Un punto de penalización. ¿Preparado para la siguiente frase?

No, Larry no estaba preparado para nada. Ni para la siguiente ni para ninguna otra.

Quería decírselo a la profesora, apagar el or-



denador e irse a dormir. Pero, para no empeorar las cosas, decidió que aguantaría hasta el final. Ahora ya solo le podría salvar un milagro.

Mientras KB32 volvía a boquear como un pez en un acuario, en el ático resonó un gorjeo muy fuerte. El chico se sobresaltó: el sonido provenía del EyeNet, el preciado artefacto supertecnológico que recibían todos los agentes de la Eye International. Y solo podía significar una cosa...

En la pantalla se abrió otra ventana y apareció el rostro bigotudo de UM60, el profesor de Prácticas de investigación.

—Siento interrumpirla, KB32 —dijo, dirigiéndose a la profesora—. Me temo que tendrá que aplazar el examen unos cuantos días. LM14 ha sido escogido para una nueva misión.

Una nueva misión... Larry no podía creer lo que oía.

Normalmente, aquellas palabras tenían el poder de hacerlo entrar en estado de pánico total.



Esta vez, no obstante, sonaron a música celestial.

El chico lanzó una mirada desesperada a su profesora.

—De acuerdo —concedió ella con cara de fastidio—. Prueba cancelada, agente. Ya hablaremos cuando vuelva... Pero no anularé el punto de penalización, no se engañe.

—Lo que es justo es justo —admitió él con una sonrisa tranquila.

El rostro de la mujer desapareció de la pantalla.

—La salida es mañana por la mañana —dijo UM60—. Y no infravalore esta misión. Podría parecer sencilla, aparentemente... pero un buen agente no baja nunca la guardia: no lo olvide.

UM60 cerró la comunicación. En la pantalla volvía a verse la película en blanco y negro. Larry fue corriendo a buscar el EyeNet, que vete a saber cómo había acabado en medio de un montón de latas de coca-cola vacías.



Abrió el mensaje que acababa de recibir y leyó las primeras líneas:

INVESTIGACIÓN EN GRANADA, ESPAÑA.

OBJETIVO: CUSTODIAR UN EJEMPLAR DE ROSA ÍNDICA.

DETALLES EN EL ARCHIVO ADJUNTO.

El chico miró por las ventanas del Baker Palace y sonrió.